

El Lenguaje Pictórico

Alejandro Haddad, Mexicano y Universal

Mina Zamudio

Hay muchas alegrías que le están vedadas al hombre de esta época. Sí. Este hombre que ha caminado sobre la superficie de la Luna, que viaja en aviones a velocidad supersónica, que se comunica con los habitantes del lado opuesto de la Tierra y que templea en la intimidad de su casa fotografías de Marte, de Júpiter y de Saturno, este hombre desconoce las sencillas alegrías de los descubrimientos.

Las exploraciones, que estimularon el afán de aventuras, la codicia y la curiosidad de tantos y tantos buscadores, hoy son motores sin energía, máquinas sin combustible que se volvieron inútiles hace muchos años, cuando los geógrafos demostraron que en la superficie de nuestro planeta "ya no quedaba nada por descubrir".

Sólo podemos sentir envidia por lo que experimentaríamos Livingstone cuando tuvo frente a sí las majestuosas cataratas Victoria, que hoy admiran aún los niños que viajan en avión al continente africano. ¿Habremos perdido totalmente la capacidad de asombro? Pienso que no, porque en tanto que sigamos siendo un compuesto de espíritu y materia tendremos sensibilidad y seguiremos vibrando ante el siempre renovado espectáculo de la naturaleza y ante las incontables manifestaciones del arte, lenguaje sublime que, para fortuna nuestra, muchos privilegiados emplean con sabia maestría.

Escalar alturas y remontar corrientes caudalosas son hazañas que se practican para renovar ciertas sensaciones que nos acercan a la inocencia del hombre primitivo, a la limpia emoción de Hernando de Soto, que ante la belleza de las tierras descubiertas en la actual Florida se postró en el suelo para dar gracias a Dios, porque le había permitido contemplar tanta belleza. Algo muy semejante me ha ocurrido en estos días, al tener frente a mis ojos las pinturas de Alejandro Haddad.

El artista me invitó a remontar la corriente artística de su vida y en un saloncito pequeño (escenario perfecto para la íntima comunicación) Alejandro Haddad me llevó de la mano por las márgenes amenas de su caudal pictórico.

Renové, sin intentarlo, cierta experiencia de un viaje que hice a Israel. Nos llevaron a conocer Habanias, el sitio donde nace el río Jordán, vía fluvial cuyo nombre figura en las páginas de la Sagrada Escritura. El nombre que hoy se le da a ese manantial que forma al río Jordán, pertenece

ce al idioma árabe y nos sitúa frente a diversos acontecimientos históricos y cambios políticos. Cada río tiene su historia y el Jordán es un capítulo palpitante de la saga de Israel. Por eso emociona tanto contemplar el lugar donde nace, el sitio que habla de la oscuridad misteriosa donde se forma esa corriente que ha fluido incansablemente durante más de veinte siglos.

Todo lo que guardaba en la memoria referente al Jordán brotó en mi imaginación cuando logré "remontar la corriente artística" que ha formado y enriquecido el pintor Alejandro Haddad.

Yo conocía parte de su obra y la admiraba con sinceridad; sólo que ahora la miro desde una perspectiva diferente porque estuve en su "Habanias". Gracias a "los privilegios de la amistad" he conocido al detalle los tratados de perspectiva y de estética que formaron sus bases y sus puntos de apoyo. Los nombres venerables de Héctor Landessio y de José María Velasco se destacan en las primeras páginas de los libros que él conserva, encuadernados con primor lujoso, como recuerdo de sus inicios en el arte.

Al igual que muchos pintores, Alex tuvo maestros eminentes, sólo que infinidad de sus compañeros no pudieron, o no supieron, llegar adonde él se ha colocado. A mi juicio, el motor principal del arte de este pintor, no es otro que el amor que le profesa a su obra. Es como una pasión enraizada en su ser, algo que transforma y da vida al árbol de su sangre, a toda su red nerviosa y a su sensibilidad.

Alejandro me tomó de la mano y me hizo conocer el cauce de su inspiración, toda la fértil región de su vida fecundada por la corriente de su genio, manantial inagotable que ya forma otra vida en su existencia.

A pesar de que lleva en sus venas sangre fenicia (digo esto por su origen libanés) Alejandro es un hombre de éxito que nunca ha puesto en sus cuadros etiquetas con el signo monetario. Ama a tal grado sus obras, sobre todo a algunas, que le duele desprenderse de lo que plasmó con amoroso esfuerzo.

La técnica moderna le ha ayudado a dar permanencia a "sus creaturas" y así, guarda en varios álbumes las reproducciones diapositivas de sus obras.

La serie de acuarelas justifica con creces el lugar de que disfruta Alejandro en la pintura actual y la fama que conlleva su nombre en ésta su patria

y en los Estados Unidos. Las fotos a color de muchas de sus acuarelas son un homenaje a México, país en el que (para decirlo con palabras de Alfonso Reyes) Haddad cultivó su mexicanidad con el amor intenso que es condición básica de la universalidad.

He admirado con asombro los colores de sus campos, la riqueza vegetal de sus fragmentos de bosques, la variedad mineral de sus rocas y sus suelos y los tonos prodigiosos de sus cielos y de sus mares. Cada acuarela es un milagro de luz, un recreo de imágenes convertidas en naturalezas "vivas" y conservadas con amor.

Con inventiva de verdadero amante, Alejandro ha volcado en la pintura los múltiples recursos del deleite que su imaginación le dicta sin cesar. No sé si en forma insensible o por íntima decisión dejó a un lado la acuarela (medio líquido de expresión) por algo más consistente y perdurable. Todas sus obras recientes son fruto de materiales sólidos (óleos y acrílicos) con los que ha obtenido calidades insospechadas y reveladoras.

En su obra, todo ha "crecido" hasta volverse cósmico: los valles son más profundos, las montañas se han agigantado, los mares forman remolinos que sugieren batallas ciclópeas y los cielos vibran, amorosos y coloreados.

Recordé algunos dibujos de Turner que ocultan personajes escondidos y al observar las pinturas de Alejandro me pareció ver a nuestro preclaro inválido: Gerardo Murillo, el doctor Atl. Segura estoy de que, de no haber desaparecido en el tiempo, el doctor Atl firmaría los cuadros recientes de Alejandro Haddad.

Esto último es tal vez la mayor conquista, el mejor elogio que sus contemporáneos podemos dedicar a este pintor. Se podría hablar de transmutación, o de una reencarnación artística que el doctor Atl hubiera logrado en favor de su México para obsequiarle los tesoros que se le quedaron presos en la mente, a fin de que alguien los liberara con ropajes de modernidad.

Esta es, a mi juicio, la definición más acertada de la pintura de Alejandro Haddad: el doctor Atl redivivo, genio que sólo acierta expresándose en frases grandiosas, dichas con el pincel y el color, alguien que sin pertenecer al estrato de la poesía declara con sus obras: "Yo sé un himno gigante y extraño..."

Con mi admiración y profundo afecto